

El concepto de región a la luz del paradigma de la complejidad. Su aplicación en la investigación histórica: el caso de Jujuy en los siglos XVII y XVIII

*Daniel J. Santamaría***

En 1987 Van Young publicó un artículo insinuante sobre el uso del concepto de región¹. La oportunidad de su publicación fue encomiable porque ya por entonces se desarrollaba en nuestro país un gran esfuerzo por detectar y describir estructuras regionales sobre todo en el período colonial. Justo por entonces había ya madurado la crítica post-estructuralista y el concepto de región, estructuralista si lo hay, había comenzado a cuestionarse, quizás no tanto desde el discurso teórico explícito como desde las propias dificultades encontradas en las investigaciones históricas.

En esta ponencia queremos destacar dos cuestiones que parecen relevantes respecto de este concepto: en primer lugar, su razón de ser, su envergadura metodológica en el análisis histórico. En segundo lugar, su utilidad en el examen de los espacios mercantilistas del período hispano-colonial, para lo cual se nos permitirá tomar como ejemplo el pequeño Jujuy de los siglos XVII y XVIII.

La región como categoría analítica

El cuestionamiento del concepto tradicional de "región", heredado de la nueva geografía francesa de los años 30, proviene tanto de la crítica post-estructuralista como de la posterior aplicación de las teorías del caos²; desde el punto de vista específicamente histórico-genético, el concepto ha demostrado límites teóricos confusos que en la práctica reducen su operatividad como elemento clave en la explicación histórica. Van Young dice que la región se conecta con la teoría del emplazamiento central (p. 255), algo rigurosamente

** FHYCS-UNJU-CONICET.

¹ Eric VAN YOUNG: "Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas". En: *Anuario IEHS*, Tandil, 1987, N° 2.

² Por ejemplo Georges BALADIER: *El Desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, Barcelona, Gedisa, 1989.

cierto en la interpretación tradicional, entre economistas e historiadores de la economía, de esos espacios relativamente limitados por las jurisdicciones nacionales y las actividades agroindustriales, unos y otros más o menos vinculados a los catastros de propiedad territorial. Es evidente que, en todo caso, el concepto tradicional de región parece útil en el análisis de las sociedades latinoamericanas de los siglos XIX y XX. Pero, ¿qué pasa con las sociedades del período colonial-mercantilista? Lo veremos en la segunda parte de la ponencia.

Van Young considera que la historia regional es un intento por demostrar la hipótesis de una región (p. 257). El historiador presume la existencia de una región o se adhiere simplemente a una tradición del discurso oficial, del sentir popular o de la historiografía al uso. Naturalmente, este carácter hipotético debe ser ratificado por la experiencia para que el concepto se transforme en una categoría de análisis. Más adelante, Van Young define la región como "especialización" de una relación económica (p. 257), arriesgando de inmediato una definición más precisa: es un espacio geográfico con frontera determinada por el alcance de un sistema cuyas partes interactúan entre sí en mayor grado que con los sistemas externos (p. 257-258). De este modo sumamos el concepto de "sistema" al concepto de "región", reconociendo que en el interior del sistema bajo estudio, como en el interior de aquellos que lo rodean, hay "partes" que interactúan aparentemente por alguna clase de dinámica interna anterior a la presencia metodológica de la "región".

Tenemos un pequeño barullo morfológico. ¿Esas partes definen la región o ésta define aquéllas? ¿Esas partes interactuantes son diferentes de las partes que integran los sistemas externos o es que siendo las mismas ocupan posición distinta o juegan distinto rol?. Nuevamente, el tufillo estructuralista se cuele a través de la pretendida definición. Tenemos que suponer, primero, que esas partes forman en realidad un sistema; también que la "frontera" entre los sistemas es tan visible que justifique el plural. Tenemos entonces fronteras entre las partes, fronteras entre los sistemas y naturalmente, fronteras entre las regiones. ¿Habrá, además, fronteras entre las fronteras?.

Echemos una mirada al alcance de la palabra región en sus usos habituales, incluso dentro del discurso científico: se suele hablar de Latinoamérica como una región cuando por ejemplo el GATT discute los aranceles o el Banco Mundial las políticas de inversión. En una escala menor, el Cono Sur es también una región que suele llamarse Mercosur cuando se diseñan los intercambios comerciales. A escala nacional, el Sertão brasileño o el Noroeste argentino son considerados regiones a despecho de su heterogeneidad y multiplicidad de matices. A escala mínima, cualquiera de esas regiones pueden a su vez descomponerse casi *ad infinitum* en regiones muy pequeñas. Esta descomposición

se suaviza con términos como "sub-región" o "micro-región", cuyo alcance semántico parece igual a cero.

Antes de pasar al ejemplo jujeño colonial, detengámonos un instante en dos conceptos, uno antiguo que ha rejuvenecido y otro que parece salir airoso de su adolescencia. El primero es el concepto de distribución energética y el otro el paradigma de la complejidad.

El concepto de distribución energética

La teoría de la distribución energética proviene del concepto de homeostasis que el biólogo norteamericano William Bradford Cannon sugirió en los años 30³; ese concepto designa la estabilidad del estado corporal (orgánico) en los seres superiores. En la práctica histórico-social, esto puede leerse como que todo intercambio de bienes materiales o intelectuales entre los grupos sociales -intercambio positivo como en el caso de los préstamos culturales o negativo como en el caso de las guerras- supone la búsqueda de un equilibrio energético que garantice la reproducción social y material de esos grupos sociales.

Una aclaración entre paréntesis: se involucra en el término energía todo aquello que interviene, positivamente o negativamente, en la vida social: cantidad y calidad de los recursos naturales (suelo y agua, fundamentalmente), condiciones climáticas, disponibilidad de alimentos y medicinas, control de instrumental, organización social y pautas de distribución de los excedentes, comercio, la depredación y la guerra como formas forzadas del intercambio, etcétera.

Ahora bien, el equilibrio energético sólo puede producir parámetros inmóviles, es decir, una realidad natural y cultural tan sin movimiento como los parámetros que la definen; esta situación es absolutamente improbable. Pero, ¿qué es el equilibrio sino una distribución de la energía necesariamente equitativa de modo tal que esos grupos alcancen los objetivos mencionados? Para imaginar la realidad del equilibrio habría que imaginar un punto -y un momento- en el cual la distribución energética alcanzara un estado de perfección que supondría, de inmediato, su total inmovilidad. La energía dejaría de circular y se transformaría en equilibrio general. Dicho de otro modo, el equilibrio supone la desaparición de la energía en acto. Por supuesto, una realidad de esta naturaleza dejaría automáticamente de ser histórica.

³ Cannon sucedió a William James en la Cátedra de Filosofía de la Universidad de Harvard, en una etapa en la que se creía, más o menos como ahora, que la fisiología podía dar nuevo impulso al conocimiento científico.

Afortunadamente para los historiadores -y para el resto de los científicos sociales- esta equidad distributiva de la energía y por ende, esta presunta inmovilidad deshistorizante son totalmente improbables. Los autoritarios planificadores que pretenden regular la reproducción humana son del todo impotentes para regular el clima, por ejemplo, o las epidemias, o las pautas culturales. De modo tal que, como en los modelos fisiológicos de la época de James o Cannon, el equilibrio es la zanahoria del burro, lo que se persigue sin jamás alcanzarse, lo que obliga al intercambio energético permanente, lo que determina la falta permanente de equilibrio y lo que define para siempre la historicidad.

Desde este punto de vista, definir las partes de un sistema equivale a definir los sujetos energéticos, que se supone ejercen esa dinámica de la que habla Van Young.

El primer problema es enumerar esos sujetos; bien mirado, resulta una enumeración imposible por su infinitud. Elegir una parte o un conjunto articulado de partes supone más bien una definición del campo disciplinario desde donde se propone ver la realidad natural y social que una descripción de la realidad misma. El economista propondrá la hegemonía del mercado, la producción o los precios⁴. El tecnólogo enfatizará los instrumentos materiales de producción⁵; el sociólogo la configuración de los grupos sociales o de las instituciones; el historiador de las religiones los cultos populares o los mitos. Si cada parte dinámica e interactuante es un parámetro atendible, estamos ante la necesidad de denunciar la infinitud del número de parámetros.

En segundo lugar, el problema de la aparición y desaparición de estas "partes" -entendidas como factores configurantes- en el tiempo, es decir, la historia de esos factores. No podemos ensayar una dicotomía entre factores permanentes y transitorios (no importa cuánto duren siempre que sean transitorios). Hasta el incesto, que se invistió de ley general de la humanidad para la etnología clásica, aparece con matices incómodos desde la obra de Malinowski. Todo lo que puede hacer el historiador es observar la aparición, reaparición o desaparición de esos elementos y si es posible, las razones que determinan esos procesos.

Ahora bien; si los intercambios energéticos se convierten en el único instrumento válido para perseguir el equilibrio, esa búsqueda determina seguramente la modificación constante de los intercambios, restando todo valor teó-

⁴ VAN YOUNG escribe en el artículo citado: "es a las relaciones de mercado a quienes deberíamos mirar si quisiéramos entender la naturaleza de las regiones geohistóricas" (p. 266).

⁵ La simpática dicotomía de Ruggiero ROMANO sobre la Francia del Norte donde se fríe con manteca y la Francia del Sur donde se fríe con aceite.

rico a las predeterminaciones analíticas. Remozando a Heráclito, Balandier hace el elogio del movimiento. ¿Es el concepto de región una predeterminación analítica?

El paradigma de la complejidad

En un libro reciente, el físico norteamericano Heinz Pagels⁶ define la complejidad como "una medida cuantitativa que puede ser asignada a un sistema físico o a una computación que está a mitad de camino entre la medida del orden simple y el caos más absoluto" (p. 55). Lo ejemplifica del siguiente modo: un cristal, con sus átomos prolijamente dispuestos, representa el "orden". El movimiento de las moléculas de un gas es verdaderamente caótico. Una rosa, donde el azar y el orden juegan en la disposición de sus partes, es "compleja". En un extremo el orden absoluto, en el otro el caos absoluto y en medio la complejidad. ¿Dónde se ubicaría, en este esquema, la historia de los grupos sociales? Por supuesto en el espacio de la complejidad.

Dice Pagels que podemos entender los sistemas enteramente caóticos porque podemos aplicarles con eficacia las leyes de la estadística. Y de hecho es normal que los historiadores apliquen categorías estadísticas derivadas de leyes al examen de las sociedades históricas o al de algunos de sus aspectos relevantes (demografía, historia de precios, etcétera). Pero las sociedades humanas no son caóticas: tienen reglas de conducta, normas jurídicas, costumbres, rituales, sistemas de parentesco y muchos otros factores ordenadores. Las sociedades se alejan del caos mediante la organización social, pero su propia historicidad, su búsqueda del equilibrio -de la equidad energética- las aleja por igual del orden inmovilizado del cristal. Son tan complejas como la rosa, pero su morfología es mucho más complicada, hay demasiadas especies de sociedad (mucho más que especies de rosas) y en el transcurso de la evolución de las especies, las sociedades parecen sostener un ritmo mucho más cambiante y diversificador que las rosas.

El paradigma de la complejidad se ha aplicado en biología, sobre todo en la fisiología del cerebro, y en economía, en este caso más bien en el comportamiento global de los parámetros económicos básicos que en una antropología económica, donde la infinitud trasciende aún el poder de los ordenadores.

Si siguiendo a Cannon tomamos el principio de la permanente inestabilidad de los grupos sociales en búsqueda de un equilibrio energético inasible y si

⁶ Heinz R. PAGELS: *Los Sueños de la Razón. El ordenador y los nuevos horizontes de las ciencias de la complejidad*, Barcelona, Gedisa, 1991.

siguiendo a Pagels ubicamos a la historia humana en un territorio de máxima complejidad, ¿cuál es el rol analítico que le cabe al concepto de región?

Examinemos sus virtudes: la región tiende a ser un concepto estabilizador; se dice habitualmente que las regiones viven, cambian, que son flexibles, que no se trata de un concepto rígido, que puede ser histórico, etcétera. Pero a despecho de esa reclamada versatilidad, el concepto de región alude a elementos esenciales (no existenciales en el sentido de eternamente cambiantes) que definen la operatividad del concepto, su capacidad de aludir a un territorio que es precisamente identificable a partir de los elementos reiterados que configuran la "región". La categoría analítica, hipótesis por demostrar según Van Young, sustituye de este modo a la realidad que quiere describir, la transforma en modelo rotulable.

Nos gustaría proponer una concepción de la distribución energética como sección integrante del paradigma de la complejidad. Contribuir al examen de su probable ayuda al conocimiento de los intercambios materiales, tecnológicos y culturales en general, en la articulación de distintos territorios predefinidos muy inicialmente por sus ecosistemas prominentes. Y decimos muy inicialmente para no desmerecer el poder transformador de las sociedades humanas sobre los ecosistemas que habitan. Esta concepción requiere, a la hora de la investigación histórica, el análisis micro de los intercambios concretos de energía y de los motivos que los desencadenan en cada lugar y en cada momento. Para discernir este proceso es necesario aumentar significativamente la investigación empírica de factores múltiples y usar los ordenadores disponibles. Estamos ante el desafío de una ampliación heurística y de otra ampliación -metodológica o técnica, como se prefiera- en el procesamiento de datos.

La variación continua de los flujos energéticos demuestra que el principal interés del concepto de región (al menos en su enunciado tradicional) es fijar una estructura y limitar el número de los parámetros necesarios para el análisis. Siendo que esos parámetros deben cambiar con la misma modalidad compleja que las realidades históricas que pretenden describir.

Una sociedad mercantilista, ¿región o dato complejo?

Desde su fundación en 1593 y pongamos por convención, hasta las guerras de la Independencia, Jujuy fue una sociedad pequeña, una aldea incrustada en un largo circuito mercantil, en medio de una geografía bien complicada y con una población bastante móvil. Podemos hacer, historiográficamente, dos cosas con esa sociedad: describirla como una entidad local, dentro de límites precisos que podemos elegir a gusto (por ejemplo, al sur la jurisdicción del cabildo de Salta, al norte la de Potosí, al este la "frontera" del Chaco y al oeste

el desierto de Atacama. Las dos primeras son en sí mismas convenciones; las segundas son apreciaciones que dependen de la topografía, no de la historia).

Lo otro que podemos hacer es definir la sociedad jujeña (la aldea y sus alrededores utilizables) como una red de estaciones de tránsito del circuito mercantilista, para lo cual ya no alcanza la descripción local sino que necesitamos la descripción del entero circuito mercantilista que, como se sabe, era planetario.

La primera postura es más fácil, naturalmente, y prohijaría el uso del término región.

La segunda es visiblemente más difícil porque tendríamos que explicar por qué los jujeños compran tan habitualmente paños de Quito, cordobanes de Chile, talabartes de Castilla, anguarinas de Cambray, plata francesa, cofrecitos y capas de Holanda, espadas de Toledo, machetes de Fregenal, cajas de La Habana, bombasfés ingleses, lama napolitana, listonería de Génova, medias de Bruselas, picotes flamencos, encajes de Lorena y Milán, lienzos de la China y cueros de Moscovia. Es evidente que la configuración de la demanda jujeña no tiene satisfacción "regional". Su economía debe explicarse en términos decididamente "extrarregionales".

Lo mismo si hablamos del uso simbólico de las armas, de la indumentaria, los gustos religiosos o los protocolos sociales. En estos aspectos centrales (el mercado, la cultura) nada diferencia a Jujuy del resto de la América Hispana o de la misma sociedad española. Para deslindar la "regionalidad" de esta estación de tránsito, con una población pasante mucho mayor y más heterogénea que su población fija, tendríamos que apelar a lo específico, a lo diferenciador, a aquello que tuviere entidad suficiente para proponer la existencia de una "región Jujuy".

Y entonces vemos en primer lugar: la sección jujeña de la "Puna", es decir, un corte convencional del altiplano que emerge del Titicaca hasta el norte de la actual Catamarca, con su población agropastoril, alimentada con carne y maíz, donde se mezclan grupos étnicos diversos: aymaras, quichuas, atacameños y pueblos andinos de instalación más antigua cuya identificación (en un sentido etno-taxonómico) sigue llena de dificultades. Tierra del auqué-nido, fría y más bien seca, con combustibles limitados, llena de rutas precolumbinas que los españoles utilizan sin empacho.

En segundo lugar: los valles templados del sur, que prosiguen el territorio montañoso del borde occidental del corredor subtropical tucumano-oranense, donde salteños y jujeños invernan vacas y mulas, propias o ajenas, donde se

levantan los principales poblados (San Salvador, Perico, El Carmen, San Pedro) y donde comienzan las rutas de arrias de mulas hacia el norte.

En tercer lugar: las tierras bajas y cálidas del este (Cuenca del San Francisco o "Ramal"), con sus fuertes, reducciones y campos de pastoreo, llenos de peonadas indígenas, con una temprana industria azucarera en el XVIII.

Desde un punto de vista natural y social, la primera "región" se divide en Puna y Quebrada de Humahuaca: la primera es una meseta de pastoreo extensivo y migrante, la segunda un valle longitudinal de grandes proporciones. La Puna revela un patrón de asentamiento disperso, con numerosos pueblos bastante poblados si tomamos como comparación las ciudades del período colonial. La Quebrada posee un sistema cuasi urbano de pueblos-posta, rodeados de huertas y pequeñas abas de ganadería intensiva.

Pero también podríamos subdividir la Puna en su borde oriental, con los pueblos de Casabindo, Cochino y Yavi, articuladores del comercio mercantilista y la Puna oriental, sin grandes pueblos y menos articulada con la ruta del Despoblado que describe Matienzo en 1566. También podemos dividir la Quebrada en su porción meridional, dependiente del sistema urbano del Sur, que proporciona fuerza de trabajo a la mita de plaza, de su porción septentrional, que goza de cierta autonomía, que es sede de las grandes encomiendas del XVII y que conserva sus lazos de intercambio con los valles orientales y el Chaco.

Los valles templados del sur tienen, a su vez, sus marcadas diferencias: el espacio urbano de San Salvador, con sus territorios dependientes, llenos de chacras y estancias en Zapla y Palpalá o sus campos de invernada de Yala; las tierras menos pobladas de Perico o El Carmen, a menudo sometidas a invasiones tobas o mocovés. O los valles interiores que limitan con el valle de Lerma, llenos de serranías poco aptas para el desarrollo agropecuario y sin demasiada conexión con las rutas mercantilistas.

Las tierras bajas del este también pueden subdividirse: la franja lluviosa y cálida del río San Francisco, donde se han instalado los ingenios azucareros, los bordes elevados que trepan desde Ledesma hacia Calilegua y Valle Grande y que conducen a lo largo de valles muy frágiles a Ocloyas y Humahuaca. Más al norte Orán, excéntrica dependencia de Salta, muy conectada a la Quebrada de Humahuaca por la ruta de Iturbe o más al norte aún, Santa Victoria, conectada a la Puna por el camino de Yavi.

Si afináramos el análisis tendríamos que descubrir aún una mayor heterogeneidad. Pero este análisis se subordina a lo geográfico, es un examen sincrónico. Si introducimos la temporalidad, encontramos que lo andino penetra en los valles Orientales con la conquista española, tapizando una zona de antemano integrada a las culturas perichaqueñas, como, por ejemplo, los Wichí-Mataco. Las áreas de pastoreo cambian con el tiempo: ya a fines del XVII se tiende a usar más las abras quebradeñas que las grandes altiplanicies. En el XVIII los salteños llevan sus mulas al Perú por la ruta puneña del Despoblado; los jujeños por la Quebrada y Puna saliendo por Yavi. El desarrollo agropecuario de La Angostura, sobre el cálido valle de Tojo, en la ruta a Tarija, hoy Bolivia, arrastra tres o cuatro meses por año a centenares de pastores de las tierras altas que acceden de ese modo a productos desconocidos en ellas. Esos mismos pastores de tierras altas negocian sus propios ganados en los centros mineros de Lipes. A mediados del XVII aparecen mercaderes matacos en Humahuaca negociando sus papagayos y sus bolsas de chaguar. Centenares de tobas trabajan en las haciendas de la "frontera", custodiados por fuerzas militares, pero otros tobas trabajan en las chacras de Zapla sin vigilancia alguna. Los pueblos de Valle Grande, Tiraxi, Ocloyas y Tilquiza, con patrones culturales chaqueños y nombres andinos, son lentamente trasladados durante el XVII al espacio urbano del sur, donde terminan fundiéndose en una población mestiza.

No queremos insistir en los aspectos de heterogeneidad que la información documental sobre la pequeña Jujuy provee permanentemente. ¿Cuál es el uso práctico del concepto de región en este caso? ¿Podríamos comprender la historia del Jujuy colonial apelando a una regionalización geográfica, una regionalización étnica, una regionalización económica? Tendría sentido asumir la necesidad de dividir la "región Jujuy" en sub- o micro-regiones? ¿Cuántos mapas podrían realizarse sobre este pequeño (por convención) espacio colonial, si tomáramos todos los parámetros necesarios para comprender su historia? Cuando se observa que la "frontera del Chaco" es campo abierto para permanentes transacciones comerciales o cooptación laboral, que su producción ganadera abastece Salta y Jujuy pero también a las poblaciones aborígenes del Chaco y que la guerra es, en rigor, un fenómeno esporádico que define en todo caso las imperfecciones del intercambio, ¿podemos seguir hablando de "frontera" como concepto limitante del de "región"?

Una última observación sobre los términos de reemplazo: "área", "territorio", "ecotono", "nucho ecológico", "ecosistema"; si estos términos aluden a un conjunto de características físicas, aparentemente invariables⁷, que

⁷ Lo de aparentemente viene porque existen cambios irregulares en el clima que de ninguna manera es un marco inflexible. Como ejemplo, la "pequeña edad glacial" del los siglos XVI-XVIII y el inusual aumento de la demanda de ropas de lana; sobre este tema Rosario PRIETO y Roberto

constituyen la primera condición del poblamiento sin que de ningún modo sean sus determinantes, puede aceptárselas porque enriquecen la descripción histórica y facilitan la explicación. Todos ellos, con ese uso preliminar, promueven el mejor conocimiento de los "espacios humanizados" sin apelar a una categoría de tipo rígido como el concepto de región.